

El sábado 28 de Octubre el *Pedro el Grande* nos recibió por la última vez á nosotros, á nuestras colecciones, nuestras riquezas científicas y nuestras memorias tan llenas de una admiración sincera. Miguel, que nos amaba como amigos antiguos, nos abrazó á todos con lágrimas que en vano procuraba ocultarnos. Al día siguiente, después de una travesía feliz llegamos á Odesa.

CAPITULO VI.

NOCIONES HISTORICAS ACERCA DE LA CRIMEA.--ODESA.--RETORNO.

Nuestro viaje tocaba á su fin. Habíamos llevado á cabo con toda conciencia aquella estudiosa empresa, y ahora teníamos que pensar en la vuelta. La estación estaba ya adelantada, los hermosos días que aun aguardábamos en la costa de la Crimea, habían dejado el puesto á los tristes precursores del invierno, y al hallarnos en Odesa el día 29 de Octubre tuvimos á gran dicha que las lluvias no nos hubiesen cerrado el camino de los páramos.

Antes de dejar la Crimea, tierra hospitalaria y digna del mayor interés, consagrémosle la última ojeada, resumiendo si es posible en pocas páginas su historia, que ninguna puede hallarse tan llena de

acontecimientos, de esperanzas, de poesía y de realidades.

Para llegar al origen de la Táurida, fuerza es remontarse hasta los tiempos fabulosos, en los cuales se han presentado tanto mayor número de engañosos fantasmas cuanto mas empeño ha habido en esclarecer sus tinieblas. Los historiadores, incluso los mas severos, no han tenido á menos contarnos una tras otra las dramáticas leyendas de la mitología, no porque ese estudio fuese bastante sólido para satisfacer sus ánimos graves, sino porque todas esas historias habian sido ya tan bien referidas por narradores de cuarenta siglos atras, que parecia haber cierto encanto en repetir las, y los mismos grandes investigadores de verdades, á puro hablar de la fábula, han encontrado en ella como el buen La Fontaine, un *gusto estremado*.

Si hemos de creer á los historiadores, los primeros habitantes de la Táurida, fueron hombres originarios del mismo pais, llamados Tauros ó Tavrios; mas apenas hay tiempo de detenerse en esa raza y en ese nombre cuando uno y otro desaparecen á causa de la formidable invasion de las Amazonas, cuyas intrépidas heroínas, al arrojarse sobre Europa enviaron una espedicion á la Táurida. Los que invocan la cronología para auxiliar á la poesía, po-

drán ver en muchos libros, que esta invasion tuvo lugar precisamente cuatrocientos años antes que los Argonautas. Es una lástima no poder relatar aquí toda esa interesante y rara historia de las Amazonas; historia verdaderamente digna de Ariosto, pero recogida en las tradiciones y enseñada al mundo bajo los auspicios de los grandes nombres de Herodoto, Justino, Strabon, Diodoro de Sicilia, graves traductores de las cándidas leyendas de un mundo niño.

Como quiera que sea, esas indomables hordas de mujeres, república caprichosa, ya cruel, ya clemente para con el sexo enemigo, habian invadido la Táurida; y apenas establecidas en ella fundaron sus templos, que eran sangrientos, y en que se celebraba un culto bárbaro, cuyo ministro era una vírgen, y las víctimas eran hombres. El mas fatal y formidable de esos templos se hallaba precisamente en el cabo llamado despues Parthenium; estaba consagrado á Diana tauropolitana, y la estatua de la diosa presidia esos sacrificios humanos. Hemos aquí ya en el prólogo del drama fatal de los Atridas, eterno asunto que llena el teatro antiguo con su lástima y con sus terrores. Corren los tiempos, y hé aquí la guerra delante de Troya, y hé aquí que la hija de Agamenon, esa poética Iphigenia, casto y

amoroso personaje, que es al mismo tiempo hija de Eurípides y de Racine, está destinada á un horrible sacrificio, cual si en esos tiempos la sangre humana hubiera sido la última razon de los sacerdotes. Iphigenia, arrebatada, huye á la Táurida, y de víctima se convierte en sacerdotisa. Un dia su mano fraternal debia cumplir una grande expiacion, hubo un reconocimiento, primero é inagotable tesoro de la agitacion dramática, y Píldes y Orestes, huyendo á Argos, se llevaron consigo la sacerdotisa y la efigie de la implacable diosa.

Más tarde los scythas, que podrian llamarse la *Tempestad montada, procella equestris*, caen á galope sobre la Táurida, tierra á propósito para servir de paso á esas hordas bárbaras que el Oriente vaciaba sobre el Occidente. Por mucho tiempo fueron los scythas dueños de la Táurida, cuando de repente aparecieron en ella las Amazonas.

Esas mujeres-soldados, vencidas por Hércules y por Teseo, eran llevadas cautivas á Grecia, cuando se apoderan de los buques, degüellan á sus vencedores, y arrojadas por una tempestad á las costas de la Táurida, desembarcan en ella asolando el pais y llevando el terror entre los scythas. Disipada la primera turbacion, reconocen los scythas cuán débiles son sus enemigos, y se limitan á enviar con-

tra las terribles Amazonas sus guerreros jóvenes. Allí sucedió como mas adelante en la batalla de Farsalia, se hirieron los combatientes en el rostro y en el corazon, y se hizo la paz muy luego y derramando poca sangre.

Pasemos rápidamente por todos esos principios que pertenecen al dominio de la imaginacion. Darío, meteoro que ha arrojado tanto humo y tan vano, dirige contra los scythas una espedicion formidable, pero es vencido y debe su salvacion á un puente muy á propósito echado sobre el Danubio; mas bien pronto la Grecia, que llamaba á todas las puertas, ya por medio de la elocuencia, ya por el de las armas, envió entre los bárbaros á algunos perdidos hijos de la civilizacion. Por ese tiempo se vino Jason á conquistar no lejos de estas playas el vellocino de oro, noble galardón de su valor y de su hermosura. Estableciéronse algunas colonias griegas entre el Bug y el Dnieper, y edificóse un templo á Ceres; mas dejemos que la fábula relate sus poéticos cuentos, porque bien pronto llega la historia.

Setecientos años antes de nuestra éra, los milesios ocupan la parte oriental de la Táurida, en donde fundan á Theodosia, Nymphaea, Panticapea, Myrmikiona; al mismo tiempo que los heracleotas apor-

tan á la pequeña península occidental, y echan allí la primera base de sus conquistas. Estrechados entre esas dos civilizaciones, que por Oriente y Occidente los iban apretando los salvajes habitantes, restos de los tauros y de los scythas, no tenían mas refugio que las montañas, á las cuales se trasladaron en tropel, decididos á defenderse en ellas. Las emigraciones griegas aprendieron entonces el camino de estas playas, que se habia hecho muy fácil. El *Ponto Euxino* mas favorable á los extranjeros, segun lo llamaban los griegos, pródigos de esa antífrasis irónica que daba el nombre de Euménides á las furias, vió cómo escuadras numerosas desafiaban sus tempestades: y la parte oriental de la Táurida se cubrió de ciudades nuevas, y muy luego poderosas. Los scythas, hostiles muchas veces á esa civilización floreciente, no pudieron defenderse contra sus beneficios, y precisamente en esa época se fundó el reino del Bósforo, cuyo primer monarca fué Leucon, y cuya prosperidad, siempre progresiva, pareció durante tres siglos sólidamente cimentada.

Los sármatas, poseedores durante largo tiempo de los territorios inmediatos, se retiraron al cabo de medio siglo, dejando tras sí una éra de doscientos años de disturbios y de agitaciones, que siempre

fueron á espirar en las fronteras del reino del Bósforo, sin ameñuar sus fuerzas. Hémos aquí ya en el reinado histórico de Mitridates *Eupator*, cuarto de su nombre, cuya fortuna y cuyos reveses conoce el mundo: grande hombre por cierto, pero grande hombre cual los estiman los bárbaros. Mitridates bañado en sangre de su familia y arrojado de Asia, quiere atacar á Roma en su corazón, y sueña con la conquista de Italia en el mismo instante en que el yugo de Roma, oprimiendo á la Grecia toda, le deja solo con su audacia. La empresa era inmensa, imprevista, temeraria hasta el último punto, pues se trataba nada menos que de seguir las ya borradas huellas de Aníbal, y para ello era menester abrirse paso por las provincias de los scythas. Detenido Mitridates por esas hordas indomables, se unió á los sármatas á fin de romper tan importuno muro; pero germina la traición, ese ejército espantado á la vista de tantos trabajos se insurrecciona, y los soldados colocan á Farnaces en el asiento de su padre; mas no hay necesidad de contar esa historia, que ha venido á ser popular á fuerza del heroísmo, de crueldad y de dolores.

Caido Mitridates, el cetro de Roma pudo extenderse por esos tristes estados que ella gobernaba por medio de fantasmas de monarca. Con esto nos

encontramos ya en la era cristiana y á mitad del primer siglo antes que llegue la invasion de los Alanos, primera de los bárbaros que cayeron sobre la Táurida. Eran los alanos pueblos nómadas, vivian á caballo, dormian en sus carros, y eran tan audaces en la guerra como se encarnizaban en el saqueo. Arrasaron á Teodosia y durante un siglo oprimieron la comarca, cuando aparecen los godos, se entabla una lucha de bárbaros contra bárbaros, pero los recién venidos vencen, someten á los alanos, los acorralan en sus montañas, y la Táurida cambia su nombre en Gothia. Los sármatas mientras tanto ambicionaban los restos del reino del Bósforo: mas los quersonitas de la pequeña república del Occidente acuden al auxilio de esas desesperadas provincias, se apoderan de Panticapea, sostienen con valor el choque de los sármatas, y los dos ejércitos fatigados de una encarnizada pelea, cerca de Theodosia, se detienen en lo mas recio de la misma, y proponen y aceptan un combate caballeresco y mortal entre los dos gefes. Pugná por los bárbaros Savromates, gigante cubierto de hierro que parecia una muralla viviente, y sostuvo la causa de los quersonitas Farnaces, griego débil y delicado, pero á quien favoreció la astucia. En el momento convenido su ejército lanza tres

gritos terribles, atúrdese el gigante y es vencido por el griego. Hé aquí una de esas tradiciones tan antiguas como el mundo, y que el mundo oirá siempre con gusto. Vencidos los sármatas y leales á la fe jurada se sujetan al vencedor y dan la vuelta al Asia. Farnaces, en cuyo débil cuerpo residia un alma grande, lejos de hacer pagar la victoria á los desvalidos á quienes protegiera, dejó la libertad á los bosforianos, cuando llegan á ese pais nuevos señores. A su vez vienen á ocupar su sitio en esta historia tan estrañamente móvil los hunos, que rechazados por los tátaros orientales se encaminan hácia el Occidente. Bajan á la Táurida, destruyen á los godos y á los alanos sorprendidos, y se derraman por el Norte hasta el Báltico; mas cuando su rey Attila, el azote de Dios y el terror del mundo, halló la muerte en el término de sus vagabundas conquistas, ese gigantesco imperio, fundado por la violencia, se hundió cual si fuera obra de un dia. Dispersados por la discordia, los hunos retrocedieron volviendo por los mismos pueblos que habian arrastrado á su paso. Durante dos siglos los hallamos esparcidos y saqueando la Táurida y las provincias inmediatas. Como finalmente amenazasen la república de Quersona, el emperador Justiniano envió socorros á las poblaciones griegas espanta-

das, y á fin de defender la costa levantó esa línea de fortificaciones cuyos restos hemos visto.

Pasado ese formidable desborde, pareció que la Táurida respiraba, mas bien pronto hubo de sufrir otra embestida. Cayeron sobre ella los khazaros, oriundos de los hunos, y que dejados por ellos en los países que forman hoy la Lithuania, adquirieron un poder que habia de dilatarse hasta muy lejos.

Invadida pues la Táurida por los khazaros hácia principios del siglo VII tomó el nombre de Khazaria. La Kiovia, las provincias del Don y del Cáucaso, la Moldavia, la Transilvania, la Hungría vinieron á ser con el tiempo la inmensa propiedad de ese pueblo, cuya alianza no despreció el mismo imperio de Bizancio. Hácia el año 811 ese estado tomó el rango de un poder monárquico; mas levantado apenas ese coloso fué víctima de una invasion formidable de que no bastaron á salvarle los esfuerzos propios y los estraños. Los rusos y los petchenegos llegaban á la Khazaria como uno de esos azotes que es preciso destruir so pena de ser destruido por ellos. Los rusos de esa época estaban ya constituidos, con un gobierno fuerte por su unidad política. En situacion tan fatal, los khazaros, que necesitaban el auxilio de los griegos, los llamaron

no solo con sus armas sino tambien con sus dogmas religiosos que los khazaros profesaron en el año 858: mas los esfuerzos de los rusos, las victorias de los petchenegos y las discordias civiles redujeron luego ese imperio al último apuro, y la Khazaria, recobrando su nombre de Quersoneso táurico quedó en poder de los petchenegos. No fué sin embargo, propiedad de estos la costa meridional, sino que como dependencia de la república de los quersonitas fué incorporada al imperio de Bizancio.

Los nuevos huéspedes, activos, industriosos, dotados de grande genio mercantil, suplantaron á los quersonitas en su comercio con el Oriente y se interpusieron entre Bizancio y el Asia por medio de relaciones directas, con perjuicio de los quersonitas, cuya antigua prosperidad se iba hundiendo. Este periodo de riqueza no duró mas de siglo y medio, pues los petchenegos, atacados y vencidos por los comanos, dieron la vuelta al Asia.

Los comanos, que se habian lanzado sobre la Táurida huyendo de los tátaros mongoles, vivieron en ese país como tributarios de los montañeses que formaban un núcleo nacional contra el que se estrellaron todas esas borrascas pasajeras; pero al fin, pudiendo mas en ellos su índole belicosa, atormenaron el país, hasta que la inopinada aproximacion